

8. Una propuesta hispánica y modernizadora

Estamos al final de esta breve exposición del pensamiento de Laín. En ningún momento hemos intentado que esa exposición sea completa, si bien hemos procurado recoger someramente sus principales ideas en torno a la historia de España y la cultura española. Al final del recorrido se impone un balance, que esperamos realizar aquí.

El problema, que como intelectual y español centra la preocupación de nuestro ilustre aragonés, es cómo armonizar un quehacer profesional de tipo moderno y actual manteniendo al mismo tiempo la fidelidad a una tradición intelectual y cultural que con frecuencia ha tomado actitudes poco modernas, si no claramente antimodernas. Modernidad y universalismo sin romper con la tradición y el casticismo; he aquí el dilema.

La voluntad de integración tan paladinamente defendida por Laín creemos que ha resuelto bien el dilema. Cuando, llevando a su último radicalismo el «problema de España», lo plantea como «la partición de España en dos fracciones hostiles»,¹¹² Laín no duda en remitirse a la propuesta de los llamados «hijos del 98»: *La europeización como programa*, según la fórmula Ortega y Gasset, «preclaro nauta de nuestra historia contemporánea», como aquí se le nombra. La idea provenía de Joaquín Costa, el primero que había propuesto de modo claro como solución de nuestros males una «reconstrucción y europeización de España». Será, sin embargo, Ortega quien la eleve a fórmula salvadora, con palabras definitivas: «Se vio claro desde un principio —escribe— que España era el problema y Europa la solución».¹¹³ La propuesta operará mágicamente sobre nuestra realidad: «No solicitamos más que esto: clévese sobre España el punto de vista europeo. La sórdida realidad ibérica se ensanchará hasta el infinito; nuestras realidades, sin valor, cobrarán un sentido denso de símbolos humanos. Y las palabras españolas que durante tres siglos hemos callado surgirán de una vez, cristalizando en un canto... Sólo mirada desde Europa es España posible».¹¹⁴ Pero no sólo «España es una posibilidad europea», sino también una altísima promesa: «Europa —dice—, cansada en Francia, agotada en Alemania, débil en Inglaterra, tendrá una nueva juventud bajo el sol poderoso de nuestra tierra».¹¹⁵ Definitivamente, Europa es la palabra clave; en ella «comienzan y acaban para mí todos los problemas de España»,¹¹⁶ dice Ortega. Y Laín asiente.

En ese orteguiano proyecto de «europeización», Laín va a prestar una especial importancia al tema de la «ciencia española». No quiere con ello negar otras implicaciones del «problema de España» —sociales, económicas, políticas—, pero, por vocación, por temperamento o por formación —no olvidemos que Laín es profesionalmente médico—, va a prestar especial atención a la deficiencia científica de nuestra cultura. El tema le preocupa desde el primer momento, cuando se ocupa de la «polémica de la ciencia es-

¹¹² España como problema, p. 646.

¹¹³ J. Ortega y Gasset, «La pedagogía social como programa político», Obras Completas, Madrid 1966, vol. I, p. 521.

¹¹⁴ «España como posibilidad», O. C., I, p. 138.

¹¹⁵ Ibidem.

¹¹⁶ «Unamuno y Europa, fábula», O. C., vol. I, p. 128.

pañola», y no le abandonará ya nunca. En 1952, con motivo de un artículo sobre «La ciencia española»,¹¹⁷ extrae claramente tres conclusiones:

— En virtud de poderosas razones históricas, relativas a la génesis de nuestra nacionalidad, la ciencia no se da fácilmente en España. Ha debido ser siempre suscitada por el Estado o por una escasa minoría rectora.

— Esa disposición habitual del español frente a la ciencia, y la oscilante actitud de los poderes político y social, explican bien el curso histórico real de nuestra vida científica, con sus tres elevaciones en los siglos XVI, XVIII y XX, y sus dos hundimientos, en el XVII y en los tres primeros cuartos del XIX.

— En modo alguno es aceptable la tesis de una incapacidad física de los españoles —radical o geográfica— para el ejercicio de la actividad científica. Las causas de nuestra deficiencia científica no pertenecen a nuestra «naturaleza», sino a nuestra «historia».

A las mismas conclusiones llega en 1985, cuando, en la prensa diaria, publica tres largos artículos con el título general de «Una reflexión intelectual sobre la incorporación de España a la CEE».¹¹⁸ Sólo que ahora su propuesta es más comprensiva y abarcadora. Vuelve a repetir su afán de modernización europeizadora: «Puesto que a tantos y tantos españoles nos desplacen algunos de nuestros hábitos mentales —la actitud ante el saber científico y la estimación de la guerra civil, muy en primer término—, tratemos de entender con acierto como esos hábitos se han producido y sepamos juzgar con rigor el hecho de su existencia... Como enseñó Ortega, el conocimiento de la historia debe servir, entre otras cosas, para no repetirla». Reconocimiento que no impide la afirmación de nuestros valores universales más allá de nuestras fronteras; así dice: «La consigna de españolizar a Europa, nacida como utópica y encrespada reacción nacionalista contra el menosprecio de los europeos, y cuando tan torpemente hablaban algunos de la *bancarrota de la ciencia*, puede y debe tener hoy una interpretación harto más razonable y hacedera».

En esta última afirmación apunta una vez más el Laín tradicionalista y casticista. Propuesta modernizadora y europeizadora —cultivo de la ciencia, en definitiva—; sí, todo eso está bien, pero a condición de no olvidar nuestros propios valores universales, aquellos que han convertido la cultura española en una de las cuatro o cinco culturas planetarias de nuestro mundo. El «nieto del 98» que es Laín no puede olvidar la perspectiva de la «hispanidad». Veamos como entiende ésta.

La idea que Laín tiene de Europa presenta dos aspectos. Por un lado, Europa representa «la creación original de obras y hábitos universalmente valiosos» y «el descubrimiento de lo universalmente valioso en todas las creaciones humanas, incluidas las extraeuropeas».¹¹⁹ Por otro lado, su misión consiste también en «ofrecer lúcida y deliberadamente a Dios, la verdad y el valor de todas las creaciones humanas, así las propias como las ajenas en el espacio y en el tiempo».¹²⁰

¹¹⁷ Artículo redactado para el Diccionario de Historia de España, *Revista de Occidente*, Madrid 1952; recogido también en su libro *España como problema*.

¹¹⁸ *El País*, 15, 16, y 17 de julio, 1985.

¹¹⁹ *España como problema*, p. 680.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 681.

Por lo que se refiere a América, ésta no sería sino «una ampliación de Europa en el espacio y en el tiempo»; en consecuencia, España o, si queréis, la Hispanidad, sería a su vez «un peculiar modo de cumplir la misión europea». ¹²¹ Ahora bien, esa «peculiaridad» española estaría caracterizada por dos ingredientes:

— una acusada tendencia hacia las formas activas y estéticas del afán creador y del impulso oblativo. «No han faltado entre nosotros —dice Laín— los oferantes especulativos —ahí están Raimundo Lulio, Suárez y Vitoria—, pero la verdad es que el peso de nuestros fundadores, misioneros, ascetas, místicos, héroes y artistas excede en mucho sobre el de nuestros sabios y filósofos.» ¹²²

— una especial tenacidad en la empresa de defender la realización social del cristianismo, cauce histórico del ofrecimiento que Europa representa. Es precisamente aquí donde está lo más característicamente hispánico del modo español de ser europeo. No importa, pues, tanto que se sea filósofo o artista, héroe o místico, santo o sabio; «la esencia de la Hispanidad —dice— no debe estar definida tanto por el contenido del ofrecimiento —supuesto su valor universal— como por el temple ético de la cristiana fidelidad a esta empresa oblativa». ¹²³ Un desarrollo de este pensamiento exigiría prestar nueva atención al tema de América en la obra de Laín, lo que dejamos para una ocasión próxima y propicia.

Aquí, ahora, al final de este primer recorrido por su obra, creemos haber dado razón de las esperanzas de un español que nació en la zozobra histórica de una guerra civil y vivió gran parte de su vida bajo la oscuridad de dos posguerras y una larga dictadura. Su «monólogo bajo las estrellas», invocando el «aunque» adversativo de un verso de San Juan de la Cruz —«aunque es de noche»— nos dan la medida del coraje de una vida dedicada a la faena de pensar y querer siempre lo mejor para su país. Oigamos sus palabras: «De noche es en el mundo; nocturnas son las pasiones de los hombres: la turbia desconfianza, el oscuro temor... Todo es calígene en torno a nosotros, y no sabemos si la primera claridad del horizonte será la cárdena del rayo o la rosada de la aurora... Vivir humanamente es querer vivir, y, la voluntad de vida comienza por expresarse en un *aunque* hostil contra la oscuridad y la inercia de la materia. Queremos vivir, aunque es de noche». ¹²⁴ Se expresa así la esperanza de un hombre, de un español, que en ese largo esperar entre tinieblas supo levantar una de las reflexiones más lúcidas sobre el ser de nuestra cultura. Laín, el médico, el historiador, el antropólogo, se hizo así acreedor de un título más importante como filósofo de la cultura española.

José Luis Abellán

¹²¹ Ibid., p. 682.

¹²² Ibidem.

¹²³ Ibidem.

¹²⁴ Ibid., pp. 683-684.